

APULEYO Y DELICADO: EL INFLUJO DE "EL ASNO DE ORO" EN "LA LOZANA ANDALUZA"

Juan Gil

Es mi propósito rastrear la huella de Apuleyo en una obra, *La Lozana andaluza*¹, escrita fuera de España, pero muy marcada por la impronta sevillana². Cuando vio la luz, allá por el año de gracia de 1528, el arcediano hispalense Diego López de Cortegana había vertido ya en espléndido castellano el *Asno de Oro*, y tan desenfadada novela, remozada con gracejo y donaire sin par, encontraba inmediato favor entre los lectores de la época, de suerte

1. Citada en el presente artículo por la edición fácilmente asequible de B. Damiani (Clás. Castalia, Madrid, 1969). Es preferible, no obstante, por su comentario la de C. Alleigre en «Cátedra» (Madrid, 1985).

2. Así, por ejemplo, la alusión a la doncella Teodor (Mam. 49, p. 196) trasluce lectura de la Historia de la doncella Teodor editada por Juan Varela de Salamanca (1516-1520; n.º 993 del *Descriptive Catalogue* de Norton) y después por Cromberger (h. 1520; n.º 956 del *Catalogue* de Norton). En otros detalles más prosaicos se echa de ver asimismo el influjo de Sevilla. Una esclava negra de nombre Penda atiende a Lozana en casa de la cortesana (Mam. 23, pp. 108-109); se trata de un nombre que documento en escrituras de principios del siglo XVI (así en un contrato de venta de 1504 conservado en el Archivo de Protocolos sevillano, Oficio VII, año 1504-05, f. 333 ss.) de suerte que Delicado refleja una moda muy antigua, que en el momento de redacción de la novela había caído en desuso en la propia capital andaluza ante la presión de la onomástica cristiana. Aletean en la mente de Delicado recuerdos de su niñez, porque parece excesivo buscar con Cl. Allaigre una intención obscena a la elección del nombre de la sirvienta. Por otra parte, en Sevilla aparece con cierta frecuencia el apodo «Lozana», sobre todo en Triana: una Catalina Martínez «la Loçana», casada con Alfonso Martín Tejero, vivía allí en 1506 (Archivo de Protocolos sevillanos, Oficio IV, año 1506, II, f. 296r), y en 1513 moraba en ese barrio Inés Martín «la Loçana», mujer de Benito Sánchez y madre de dos niñas, Leonor y Ana (Archivo de Protocolos, oficio III, año 1513, I, s.f., al 7 de febrero), que no había muerto todavía en 1524 (ibidem, oficio IV, año 1524, II, f. 447); también encuentro una Juana «Loçana», mujer de Gonzalo Fernández (ibidem, oficio IV, año 1500, I, f. 343r).

que hasta en las lejanas Indias se pedían con insistencia ejemplares de la obra. Como no podía menos, esta traducción, con su novedad atractiva, repercutió de manera sustancial en la literatura escrita en vulgar y no en último término en la *Lozana*, novela difícilísima y llena de recovecos cuya intención he de confesar que muchas veces se me escapa.

1. *El mundo clásico en La Lozana.*

Pero ¿es que este clérigo obsceno y chocarrero es amigo de latines? Delicado, sí, alega no ser bachiller y pretexta su falta de conocimientos para excusar las muchas faltas que los hombres doctos puedan encontrar en su historia, pero esta profesión de ignorancia es un archisabido tópico al que no hay que prestar caso alguno, máxime cuando ya en la dedicatoria se encuentra una cita expresa de un pasaje de Cicerón³ y poco después, en el prólogo, aparece otra referencia a un texto, muy trillado es cierto, de San Jerónimo⁴ y no, como se ha afirmado, de Valerio Máximo. De todas formas, bueno será reconocer que en la novela, por su propio argumento, no abundan las referencias a la Antigüedad, pues cosa bien ridícula sería que entre mujeres del mundo y pícaros maullantes se usase lenguaje erudito y reinara clásica compostura. Incluso las excepciones confirman la regla: en el curso de una fogosa discusión, cuando Divicia y Lozana se lanzan los más floridos insultos, a los labios de la primera acuden estupendas lindezas, como «puta de *quis uel qui*» o «de *quandoque*» (Mam. 54, p. 209). Pero por lo general, cuando asoman latinajos se persigue un fin satírico o bien se busca un juego de palabras, como en Mam. 35, p. 151 *patria ingrata, non habebis / puta ingrata, non intrabis*, aunque en ocasiones es el propio autor quien, para lograr un chiste, deforma adrede un dicho venerando; así decapita el famoso verso de Juvenal, transformándolo en un híbrido: *quidquid agunt homines, intentio saluat omnes* (Mam. 42, p. 176, cf. la alusión en Dedicatoria, p. 33).

La vieja zorra de Aldonza sabe latín, y Delicado insiste en caracterizarla así, complaciéndose en tal retrato. Una vez que se le

3. *Ad fam.* V 12. 1 (cf. Otto, *Sprichwörter der Römer*, p. 125, n.º 602).

4. *Epist.* 53, 2.

escapa a la heroína el culto 'reiteradas'⁵ le espeta Valdero: «Señora ¿y latín sabéis? *Reitero, reiteras*, por tornároslo a hacer otra vez» (Mam. 20, p. 102), conjugando para mayor claridad el verbo latino y traduciéndolo acto seguido. En otra escena el autor oye un soliloquio de la protagonista y queda pasmado: «Y no sé qué otra cosa dijo de urracas y de tordos que saben hablar, y que ella sabría vivir. ¿El Persio ha oído?» (Mam. 42, p. 174). Se trata de un pasaje mal interpretado por los comentaristas y que indica que tal vez Delicado asistió a una clase en que Lebrija, el editor del satírico⁶, explicó galanamente, «leyó», mientras sus discípulos «oían», los coliambos famosos:

*Quis expediuit psittacos suum chaere
Picamque docuit uerba nostra conari?*

Conforme avanza la obra sube de punto la erudición de Lozana, que no tiene empacho en soltar locuciones muy jurídicas (*de iure antiguo* [Mam. 60, p. 229]; *penitus iñoro* [Mam. 62, p. 236]) o en declararse más conocedora del derecho que los propios letrados: «Yo no estudié, y sé mejor el jure cevil que traigo en este canastillo que no ellos en cuantos capítulos tiene el cevil y el criminal» (Mam. 60, p. 228), jugando con el doble sentido de *cevil*, 'civil' y 'malo'⁷, acepción esta última que no sin razón dedujo el vulgo de la para él ambigua y ominosa pareja «derecho *civil* y

5. Parece que a *reiterar* le da Delicado un sentido obsceno, pues así lo emplea por boca de otra meretriz, Divicia, en Mam. 53, p. 206: «Si lo que heciste durmiendo me quieres *reiterar*, yo te daré un par de cuchillos». Sin embargo, conviene no exagerar la nota en la busca de juegos de palabras soeces. Allaigne, por ejemplo, pretende que la expresión «se partir a su padre» sea equivalente a «cortarme lo mío» (Mam. 23, p. 109). Se trata de un análisis demasiado arriesgado y sutil, pues «cortar» es el verbo que se usa para designar la operación que practicaban los cirujanos de la época a los afectados por la sífilis («le cortó el capullo del dicho su miembro porque lo tenía damnado e cançerado», atestigua maestro Manaute el 14 de agosto de 1506 [Archivo de Protocolos de Sevilla, Oficio XV, año 1506, II, ff. 265r-265v]), y en virtud de la cual el curado corría el riesgo de ser confundido con un circunciso; la tremenda ironía de Delicado estriba en presentar a un canónigo que teme, a fin de cuentas, pasar por converso después de la «cortadura». En el otro ejemplo («Y estando un día Diomedes para se partir a su padre, fue llevado a prisión a instancia de su padre» [Mam. 3, p. 45]), creo que «su padre» es simple errata por anticipación del «su padre» que sigue: el autor debió de escribir «se partir a su patria».

6. El comentario de Lebrija lo editaron en Sevilla Polono y Cromberger en 1503 (Norton, *Catalogue*, n.º 755). Debo indicar que no me parece que se pueda seguir a Allaigne en su interpretación de la «estrella» de la Lozana (Mam. IV, p. 45, VI, p. 49, etc.) y el epigrama II 29 de Marcial. Asimismo semeja excesivo admitir con B. W. Wardropper (*NRFH*, VII [1953] 477) que la referencia a Juvenal «es una clave para la interpretación del retrato de la Lozana».

7. Esta acepción de *civil* no remonta como es lógico al *ciuiliter* de la Crónica Mozárabe.

criminal». No es de extrañar, pues, que acabe salpicando su discurso de latines (Mam. 65, p. 243), disparatado remate de su experiencia vital.

A lo largo de la novela Delicado cita, como es natural, a los clásicos, pero siempre con extrema parquedad, buscando otra vez efectos cómicos con la sonoridad de sus nombres. Así es como produce hilaridad que Aldonza afirme con vehemencia que con sus guisos sobrepujaba a Apicio (Mam. 2, p. 39), o bien que aduzca a su paisano Séneca para dar gracias a su fortuna, que la «costríne a no poder lo que no debo de querer» (Mam. 49, p. 194). Se trata de efímeras apariciones que, agotado su momentáneo rendimiento, pasan al olvido. Más sorprende que ni siquiera se dedique una mención a Luciano, que, con sus *Diálogos de cortesanas*, bien podría haber sido considerado como el padrino de la *Lozana andaluza*, que trascuerda a sus ilustres predecesoras griegas más por ignorancia que por desagradecimiento. En definitiva, la Antigüedad llega con sordina a los bajos fondos de Roma, abiertos con todo y con eso a la nueva moda renacentista. Hay un caso, no obstante, que constituye notabilísima excepción.

En efecto, sobre todos los autores clásicos se lleva holgadamente la palma Apuleyo, citado por Delicado en repetidas ocasiones y con quien él mismo se compara, humorísticamente, al confesar ser «un asno y no de oro» (Apología, p. 249; cf. Mam. 65, pp. 241-242). La obra apuleyana ronda por la cabeza de Delicado cuando se imagina a Lozana consolando sus enojos al pensar en los lances que depara el dios de la risa, evidente eco de los disparates que suceden en la fiesta celebrada por los tésalos en honor del *deus Risus* (Mam. 51, p. 198; cf. *Met.* II 31, III 11); en otra ocasión Aldonza, tras hablar de las magas cortesanas de Tesalia —ya antes el valijero se había referido a las «estrionas de Tesalia» (Mam. 20, p. 101)—, afirma que ella, como Apuleyo, ha «querido saber y ver y probar» (Mam. 54, p. 207). A mayor abundamiento la metamorfosis asnal, que invita a colegir que, si algunos asnos son hombres, otros hombres han de ser por forzosidad borricos, da pie a la caricatura burlesca que Lozana hace de la abogacía, pues los leguleyos son «como dijo Apuleyo: 'bestias letrados'» (Mam. 60, p. 228), prueba manifiesta de que Delicado utilizó la traducción de Cortegana, dado que el texto latino sólo dice *forrensia pecora* (*Met.* X 33, p. 264, 1 Halm). Por último, la astrolo-

gía apuleyana es citada con evidente ironía en el *excursus* que se hace sobre Martos para desvelar la etimología de la villa (Mam. 47, p. 187).

2. *La diversión por la diversión.*

Pero hay más. El afán de una otra obra, el *Asno* y la *Lozana*, es idéntico. «Narramos un cuento griego. Atiende, lector y habrás placer», escribe Apuleyo en su prólogo (I 1, p. 2, 3 Halm); Delicado encarece a los lectores «el placer y gasajo que de leer a la señora Lozana les podrá suceder» (Dedicatoria, p. 34). Puro deleite y halagüeña diversión, en consecuencia, es lo que se brinda y promete. No obstante, la procacidad del tema invita a salir al paso de críticas de censores malévolos con bien urdidas excusas. Según la nota apologética con que Cortegana arropa su traducción, el *Asno de Oro* «es un espejo de las cosas d'esta vida humana, y en este envolvimiento de su historia se parescen y expresan nuestras costumbres e la imagen de nuestra vida continuada»; no otra razón esgrime Delicado en defensa de su obra, que es «historia compuesta en retrato, el más natural que el autor pudo» (Mam. 66, p. 245). La coincidencia de propósitos es absoluta, por más que luego diverja el desarrollo del tema.

Las diferencias entre Apuleyo y Delicado son grandes, aunque quizá no insalvables. En el *Asno* apuleyano se van engarzando unas historias con otras, en una perpetua sucesión de cuentos que vienen a integrarse en un cañamazo general. Delicado prescinde casi de argumento para presentarnos sin pausa escenas, la mayoría de ellas inconexas, a guisa de simples bocetos, a los que el autor llama por antífrasis paródica mamotretos, rebosantes de animación y fiel trasunto de la desgarrada vida de rabizas y perdularios, perseguidos todos ellos por la negra sombra de la sífilis. Pues bien, une las fugaces estampas de Delicado y las elaboradas narraciones de Apuleyo el hecho de que en unas y en otras, por lo general, prima lo erótico sobre cualquier otro aspecto de la vida; pero si en Apuleyo el amor puede hacerse cortés y suponer una catarsis y hasta una verdadera iniciación misterica, como sucede en la fábula de Cupido y Psique, Delicado pone todo su énfasis en pintar con toda crudeza el amor carnal, sin concesión alguna al más tímido idealismo: en los burdeles de Roma todo gira en torno al

sexo, que acaba por convertirse en tema único y obsesivo, en contraposición al mundo de Apuleyo, autor que rara vez desciende a escabrosidades soeces. Las dos novelas toman rumbos diferentes y aun a veces opuestos; pero cuando toda semejanza parece haberse esfumado, en el desenlace tornan a juntarse las directrices de una y otra narración, que cambian entrambas el aire jocoso y desenfadado por un tono moralista y trascendente. Tamaña coincidencia no es casual; en esta dislocación última del argumento se hace patente el influjo del madaurense, que conviene analizar más a fondo.

3. *La conversión final.*

En el *Asno apuleyano* el protagonista, pasadas las mil peripecias que sufre en su metamorfosis, entra en una nueva y purificada existencia, ya que, por un sesgo sorprendente que toma la obra, la epifanía de Isis viene a redimir a Lucio de su anterior vida de pícaro, librando su alma humana del revestimiento bestial que lo hacía irreconocible a los hombres. La revelación mística, completamente inesperada, viene a cerrar este agitado correr sin rumbo en forma de borrico, sometido siempre al capricho de la voltaria fortuna.

De la misma manera, y contra todo lo que sería de esperar, Lozana y su criado, compañero y amante Rampín acaban por salvarse de la quema. Entonando un programático «Entendamos en dejar lo que nos ha de dejar» (Mam. 66, p. 245), Lozana se despide del bullicio de Roma y se retira a la isla de Lípári, pues la paz mora en las islas y allí, en quietud y reposo, cambia su nombre por el de Vellida. De manera paladina tiene lugar un significativo bautismo, que marca el inicio de una nueva vida, libre ya de todas las tachas e impurezas del pasado. Nadie mejor que la propia Lozana expresa su transmutación y su mejor destino: «Estarme he reposada, y veré mundo nuevo, y no esperar que él me deje a mí, sino yo a él. Así se acabará lo pasado y estaremos a ver lo presente» (Mam. 66, p. 245).

Pero si Apuleyo se muestra muy explícito y locuaz sobre las razones del cambio radical que experimenta el comportamiento de su protagonista, dándonos de aguinaldo datos preciosos sobre la revelación isíaca que convierte al pecador en un hombre nuevo,

Delicado por el contrario guarda la más absoluta reserva sobre el motivo último de este espectacular mudamiento. ¿Cuál es este «mundo nuevo» que va a contemplar Lozana? La expresión enigmática queda sin respuesta suficiente, y la designación «nuevo mundo» recuerda los delirios y fantasías de los grandes descubridores del pasado reciente. Ahora bien, tampoco cabe excluir que este final insospechado de las andanzas de Lozana y Rampín encierre una sangrienta y terrible ironía, con más simbolismo de lo que a primera vista parece, ya que Lípari es una de las islas de Vulcano y el volcán es el camino más derecho para ir al infierno. Un libro de devoción muy manejado entonces, los *Diálogos* del Papa Gregorio el Grande, contenía historias edificantes para consolación del alma atribulada, y entre otros milagros relativos a ultratumba relataba que en la isla de Lípari vivía un eremita que anunció a unos navegantes la muerte del rey arriano Teodorico, pues a la hora de nona había visto cómo el monarca ostrogodo, conducido entre el Papa Juan y el patricio Símaco, era llevado maniatado, despojado del cíngulo y descalzo para ser arrojado de cabeza «a la vecina olla de Vulcano»⁸.

4. *Pruebas de la doble redacción del desenlace.*

Sea como fuere, este final ambiguo semeja postizo y hubo de ser redactado en todo caso en la última revisión de la obra. En efecto, uno de los grabados que ilustran el inquietante librito representa la huida de Aldonza y Rampín a bordo de un navío, aunque en este «cavallo venetiano», como se llama irónicamente a la góndola, la ejemplar parejita va acompañada por un cortejo nada edificante, por las rameras Celidonia y Divitia, y mientras el criado empuña el remo, Lozana se ocupa en depilar las cejas de una de sus clientas. El final proyectado, en consecuencia, no encierra moraleja alguna: la andaluza no cambia de costumbres, sino que muda únicamente de residencia. Y como para despejar cualquier duda, los gallardetes de popa se despiden alegres «De Roma», mientras que la bandera de proa vibra con un enfervorecido «A Venetia, a Venetia». ¡Adiós, pues, a los propósitos de enmienda! El retrato termina como había empezado, con el más jubiloso triunfo del Amor desenfrenado. Este desenlace amoral, que podía

8. IV, 30, pp. 418-20 de la edición de los Maurinos.

escandalizar a muchos, quizá pellizcó el alma al propio Delicado, que debió de pensar que más valía enderezar *in extremis* el rumbo de la obra. Un acontecimiento incalculable acabó de torcer de manera definitiva la recta andadura de la *Lozana*. En 1527 tenía lugar el saco de Roma, que vino a sacudir con terrible aldabonazo todas las conciencias. El momento histórico era para reflexionar, no para escribir ni para publicar procacidades.

En este punto y hora, el viraje argumental del *Asno* ofrecía, sin duda, la pauta más sencilla para modificar el desenlace. No deja de llamar la atención que todas las menciones de Apuleyo provengan precisamente de los últimos mamotretos, como para preparar el ánimo del lector haciéndole ver que las facecias pasadas no eran otra cosa sino lances pasajeros que sólo desbrozaban el camino de la conversión última, como le ocurría a Lucio. Delicado dora la píldora, antes bastante dura de tragar, acentuando a más y mejor el tono moralizante.

De hecho, la *Lozana* había sido ultimada en diciembre de 1524, según declara el colofón⁹; no obstante, en 1528 el original fue retocado para introducir en él modificaciones sustanciales, que lo proveen de nuevos e insospechados matices. Varias veces en la obra se auguran los males que se ciernen amenazadores sobre la ciudad. Lozana oye por doquier gritar «carne salata... gran carnicería se ha de hacer en Roma» (Mam. 42, p. 178), y cuando salen a escena los cardenales muy ornados comenta: «Gran soberbia llevan», pero apostilla de inmediato Rampín: «El año de veinte y siete me lo dirán» (Mam. 12, p. 62). Otras veces no son los protagonistas, sino los personajes secundarios y hasta mudos los que hacen referencia a la tragedia inminente, como aquel charlatán que en el Campo de Flor «predica cómo se tiene de perder Roma y destruirse el año de XXVII, mas dícelo burlando» (Mam. 15, p. 82), o el escudero que sentencia: «Señora, el año de veinte y siete ellas (las cortesanías) serán fantescas a sus criadas» (Mam. 34, p. 147); e incluso tercia el propio autor para vaticinar: «Año de veinte y siete, deja a Roma y vete» (Mam. 24, p. 120). Así, desde los dos planos en que se desenvuelve la obra, la esfera del autor-narrador y la esfera de los personajes, planos que se imbrican en

9. El año de 1524 es mencionado también en el curso de la obra como el de composición de la novela (cf. Parte prim. p. 37, Mam. 54, p. 209 y 212). Si se jura «Por el sacrosanto saco de Florencia» (Mam. 61, p. 324), ello quiere decir que no ha ocurrido el de Roma.

habilidoso entrelazado, se insiste en la proximidad de la descomunal catástrofe que va a dar al traste con Roma. Con estos presagios de mal agüero la historia cobra una nueva significación y se avizoran perfiles inesperados. En efecto, Delicado describe la vida y milagros de una ramera y de su entorno. Ahora bien, esta prostituta puede encarnar la esencia de la propia ciudad, que desde la Apocalíptica judeo-cristiana era asimilada a una meretriz, «la gran ramera que se asienta sobre muchas aguas, con la que fornicaron los reyes de la tierra y se emborracharon los que habitan la tierra con el vino de su prostitución», según dice la Apocalipsis de San Juan (17, 1-2).

Contempladas a esta luz, las vidas de Lozana y de Roma corren paralelas, y cuando Delicado traza la estampa de los vicios de la Lozana parece que no hace sino retratar, a pequeña escala, los enormísimos pecados que aquejan en un plano más general a la gran ramera que es Roma, ciudad condenada a la lujuria y a la lascivia ya por la magia de su nombre, que, como sabían los antiguos y repite Delicado, equivale, volteadas las letras, a Amor. Esta equiparación (Mam. 66, p. 245), por si a alguien se le escapa, es señalada más de una vez por el autor: como dice Rampín (Mam. 12, p. 64), «es la mayor parte de Roma burdel, y le dicen 'Roma putana'»; y remacha Silvio: «¿Pensáis vos que se dice en balde, por Roma, Babilón, sino por la muncha confusión que causa la libertad? ¿No miráis que se dice Roma 'meretrice', siendo capa de pecadores?» (Mam. 24, p. 120). Pero si en Roma se cobijan todos los maleantes y perdularios del mundo, y Roma es por ende cifra y archivo de vicios y pecados, el castigo de su perfidia y el escarmiento de su maldad no puede andar muy lejos, y el son del año 1527 viene a anunciar, con su lúgubre tañido a lo largo de la obra, el fin de tanto desenfreno y disipación. El saqueo de la Ciudad Eterna convierte en moralista hasta a un calavera como Delicado:

¿Quién jamás pudo pensar, oh Roma, oh Babilón, que tanta confusión pusiesen en ti estos tramontanos occidentales y de Aquilón, castigadores de tu error? Leyendo tus libros verás lo que más merece tu poco temor. ¡Oh qué fortuna vi en ti! Y hoy habiéndote visto triunfante, y agora te veo y con el dedo te cuento, dime, ¿dónde son los galanes, las hermosas que con una chica fosa en diez días cobriste y encerraste dando fin a las favoridas,

pues una sábadá envolvió sus cuerpos pestíferos? (Epílogo, p. 252).

El mismo sino espera, pues a Roma y a las meretrices, si Roma no es más que una ramera. Pero este acontecimiento desencadena todo el complicado acontecer previsto en las apocalipsis, ya que la caída de la capital de la Cristiandad no es un hecho baladí en el discurrir de la Historia. La asolación de Roma anuncia males aún mayores, pues se engarza ya en un devenir escatológico:

Mirá bien éste y su fin, que es el castigo del cielo y de la tierra, pues los elementos nos han sido contrarios: gente contra gente, terremotos, hambre, pestilencia, presura de gentes, confusión del mar (Epílogo, p. 253).

Estas palabras, en efecto, son eco cabal de las que pronuncia Jesús al profetizar la ruina del Templo en Mateo 24, 7: «Se alzará gente contra gente y reino contra reino, y habrá pestes y hambre y terremotos por el mundo; y todo esto es el comienzo de los males», los males que preceden a la persecución de los fieles y anuncian el advenimiento del Anticristo. Otro tanto se lee en Lucas 21, 25 ss., que habla de las señales del firmamento, de la confusión del sonido del mar y de la presura de los pueblos en la tierra como indicio del fin del siglo. En esta atmósfera escatológica se puede dar otra explicación a la retirada de Lozana al silencio protector de una isla, ya que, cuando aparezca la abominación de la desolación, los justos emprenderán la huida, refugiándose en las montañas y en el yermo; a nadie se le oculta que la desolación de Roma es la señal que indica a los fieles que su obligación es buscar cobijo en grutas y desiertos, cubiertas sus cabezas de ceniza; mas Aldonza está en los antípodas de ser una cristiana observante y tampoco lleva camino de convertirse en una Magdalena, por lo que, en verdad, no se presenta como muy viable esta posibilidad de interpretación. Antes cabe recordar que el ambiente en que se mueve Lozana es el de los sefardíes y conversos amparados a la sombra del Papado, y que el saco de Roma alentó también el mesianismo judío; pero a falta de más pruebas de que Delicado estuviera mandando un mensaje en clave conviene detener el vuelo de la imaginación.

En resumen, no existe a mi entender propósito trascendente en el plan inicial de la *Lozana*, que viene a sublimar en prosa las coplillas tabernarias y los pliegos licenciosos que hacían las delicias de letrados y analfabetos. Sólo después de 1527 se dio un nuevo

sesgo a la novela, introduciéndose en ella una serie de pasajes que impregnan de otoñal melancolía el júbilo del comienzo y tiñen de negros nubarrones una vida que antes se presentaba risueña y sólo atenta al gozo de la carne. Creo también haber indicado cómo, en esta inesperada metamorfosis, Apuleyo sirvió de modelo a Delicado, mostrándole la manera de variar en última instancia el significado de la obra, que pasa a dar lecciones de moral en vez de proporcionar diversión y entretenimiento. Es así como los clásicos, en su lengua original o en traducciones, influyen en nuestra literatura renacentista, incluso en aquellas obras que más apartadas parecen del espíritu de la Antigüedad.